

# LA POLÍTICA EN UNA SOCIEDAD POSTHEROICA

DANIEL INNERARITY

La primera regla para entender una sociedad aconseja examinar si la retórica coincide con la realidad. Estamos ciertamente en medio del fuego cruzado de afirmaciones heroicas, llamadas al orden, ofrecimientos de seguridad, dramatizaciones de la situación, crispación, lamentos frente a la decadencia e incluso ejes del mal cuyos denunciantes adquieren automáticamente la responsabilidad del bien. En el discurso político no faltan héroes, víctimas, mártires ni culpables, y el campo de batalla se organiza con abrumadora simplicidad entre los amigos y los enemigos o, en una versión menos bélica pero igualmente nítida, nosotros y ellos. Ahora bien, ¿es lo que parece? ¿Significa que estamos en tiempos épicos, que pensamos y vivimos la política como una hazaña bélica?

Para interpretar adecuadamente este panorama lo que hay que preguntarse es si de hecho la retórica tiene la traducción práctica que sería lógica si estuviéramos ante algo más dramático que la mera retórica. Y lo cierto es que el actual paisaje político no está determinado por el estado de excepción sino por un presente menos agitado de lo que el plano discursivo da a entender, un presente tal vez mediocre, quizás desalentador, pero que en cualquier caso no está gestionado por héroes ni decidido por derrotas y victorias.

Mi tesis es que, pese a lo que parecen sugerir las confrontaciones escenificadas, la política ha entrado plenamente en un horizonte postheroico, en el que hay más acuerdo y menos alternativas de lo que parece; tantas limitaciones para la acción política que la figura del héroe (con sus diversos formatos: el que sabe, el experto, el que decide, el líder exclusivo, el que asume la responsabilidad, el que unifica o polariza...) ha sido o debe ser cuando antes amortizada. Puede ser que esto no guste demasiado a algunos, que desconcierte o provoque inseguridad a otros. En cualquier caso, conviene que nos vayamos

acostumbrando a este declinar de la épica como recurso legitimador o de movilización. Cada vez tiene menos sentido igualmente esa forma de épica invertida que son los lamentos o los diagnósticos de crisis, con los que se da a entender que la política sin heroísmo es una circunstancia pasajera y no, como voy a tratar de defender, un horizonte estable, un panorama asentado que nos exige revisar nuestra idea de la normalidad política.

La supuesta crisis de la política no es otra cosa que una crisis de la apoteosis moderna de las seguridades ideológicas, cuyo antiguo garante es hoy más contingente que nunca. Pienso que nos corresponde hoy desarrollar unas nuevas disposiciones para pensar y llevar a cabo otra política, sin heroísmo pero más responsable y democrática. Tal vez lo normal no sea la confrontación ideológica en la que se han formado nuestras habituales disposiciones políticas; y puede que la actual falta de épica, la desconfianza frente a la política o las dificultades de gobernabilidad constituyan la nueva normalidad, fuera de la cual no haya sino nostalgia. Hay que despedirse de los consensos absolutos, los disensos definitivos, las contraposiciones rígidas entre los nuestros y los otros. Nos hacen falta proyectos sin predeterminación, que no estén a salvo de la crítica, ni sean incontestables, que no proporcionen seguridades absolutas ni protecciones completas.

Pero entonces tenemos que modificar en profundidad nuestro modo de concebir la política. Si la teoría clásica de la política se preocupó por el orden, la estabilidad, la integración y la planificación, hoy es más necesario interesarse por lo inverosímil, las diferencias y los procesos dinámicos. La política ha de aprender a llevarse bien con un futuro que ya no es objeto de adivinación o algo planificable, sino algo fundamentalmente incierto que, no obstante, debemos anticipar.

## Un mundo sin épica

Vivimos en un mundo sin épica o, al menos, en el que los relatos épicos han perdido plausibilidad y capacidad de movilizar. Esto se traduce en el hecho de que la política se ha horizontalizado, es decir, se ha situado en el espacio humano, demasiado humano, sin sublimidad, sin verticalidad, en el que no hay nada protegido absolutamente de la crítica, de la erosión del tiempo y de la creciente complejidad social. Todas las proyecciones metafísicas de la política heroica en su forma pura han perdido su evidencia incontestable. Sigue habiendo hipostatizaciones del sujeto político, proyecciones colectivas, dualismo izquierda-derecha, delimitación amigo-enemigo, expectativas de participación, deseos de consenso, preocupación por la seguridad, aspiración de control; pero sin el prestigio que procede de su falta de reflexividad. Podemos identificarnos de una determinada manera o pretender esto o aquello; pero no en su forma absoluta, como si se tratara de realidades o aspiraciones indiscutibles.

La idea del “desencantamiento” ha acompañado al desarrollo de la política en los últimos tiempos. Desde que las religiones han dejado de operar en el negocio de la legitimación, se producen huecos en el sistema político para los que no hay sustitutos plausibles. En su forma actual la política no puede sino decepcionar a quien espere de ella un saber asegurado, un instrumento para lograr el consenso social y un procedimiento de control jerárquico sobre la sociedad. Lo que tenemos más bien es: *a)* un saber escaso, no adornado con la autoridad del experto sino discutible, provisional y plural; *b)* desde el punto de vista de la comunicación y la confrontación política, una mayor conciencia del carácter irrebalsable del pluralismo político, que se articula bajo la forma del disenso organizado; y *c)* una limitación de las posibilidades de dirección



política sobre la sociedad, visible en la pérdida de centralidad del Estado nacional. El final de los héroes es el final de un modelo de orden social que resulta de la aplicación de un saber asegurado, orientado hacia el consenso social y presidido por el estado unificador.

a) Cualquier actuación sobre una sociedad compleja ha de ser consciente, en primer lugar, de que no parte de un saber asegurado, sino frágil y con certeza escasa. Todos los agentes sociales, también aquellos que no lo quieren reconocer, están obligados a actuar bajo condiciones de una incertidumbre especialmente intensa. La modernidad puso muchas esperanzas en una construcción del orden social basada en el saber, entendido como algo verificable y seguro. Pero este ya no es nuestro mundo. En el sistema político se hace hoy especialmente visible la crisis postmoderna del saber universal y la fragmentación de los sistemas sociales. Ya no es posible justificar las decisiones a partir de un saber colectivamente vinculante, experto y seguro, incontrovertible. En cuestiones políticas el reconocimiento del experto o la autoridad no queda incontestado. Casi

todos los observadores de la política —en parte debido a la constitución democrática del sistema— se sienten lo suficientemente competentes como para juzgar decisiones políticas. Cualquier argumento de autoridad epistemológica es reconducido a su contexto limitante y discutido desde la lógica de otros sistemas. Las controversias entre la política, la economía o el derecho, los desajustes entre la globalización y la ecología o las tensiones entre competitividad y cohesión social ponen de manifiesto que sus lenguajes no son siempre conmensurables. En este panorama, el clásico nexo entre poder y saber, con su idea de *una política correcta*, no conduce más que a hipertrofias heroicas.

La sociedad actual es plural en cuanto al saber de que dispone, inevitablemente parcial, lo que convierte en ilusoria la aspiración de basar su cohesión en un saber definitivo y no polémico. La peculiaridad histórica del sistema democrático consiste precisamente en que se trata de una forma de organización pensada para dar repuestas antagónicas a un conjunto abierto de preguntas (Dubiel 1994, 112). No estamos ante la necesidad de reideologizar la política sino de configurar proyectos y decisio-

nes desde el reconocimiento de que disponemos de un saber limitado y falible. Si las ideologías cerradas pretendían certezas absolutas, nuestro desafío es establecer programas postideológicos que sean, al mismo tiempo, normativos y conscientes de su propia contingencia. Es posible la convicción sin evidencia, aunque esto nos obliga lógicamente a desarrollar otras disposiciones. El pluralismo democrático exige abandonar el saber positivista a favor de un no-saber reflexivo y la normalización del desacuerdo político. Lo que sabemos viene siempre acompañado por una enorme ignorancia y por eso no podemos renunciar a las ventajas epistemológicas del desacuerdo institucionalizado. El carácter desconocido del futuro aconseja que no excluyamos de entrada ninguna perspectiva. Ya no tiene sentido conferir a las propias aspiraciones la imperiosidad de una verdad suprema y desacreditar a las de la competencia como falsas o inmorales. La confrontación política se mueve más bien en el terreno de la verosimilitud, donde tratamos de hacer plausibles las propias convicciones. Una repolitización de la política apunta en primer lugar al reconocimiento del carácter constructivo de las diferencias políticas.

b) En un horizonte postheroico la comunicación y la confrontación política tienen que ser desdramatizadas, aceptando que el sistema político es una orquestación de consenso y de disenso, ya que ambos forman parte de la normalidad democrática. Conviene acostumbrarse a considerar el desacuerdo como normal y el antagonismo como algo más gestual o de intereses que otra cosa. Uno de los aprendizajes más necesarios es el de descodificar el discurso político, muchas veces vehemente y con un lenguaje de resistencia, elaborado así para producir la impresión de la diferencia, en ocasiones para disimular el parecido. Cuando la desafección política tiene su origen en el escándalo a causa de la confrontación, esto revela falta de conciencia política, que tal vez se esperaba de ella algo que no puede proporcionar. Lo que debería preocuparnos es, más bien, lo contrario: la falta de alternativas reales, sin las que el sistema político no puede garantizar la continuidad de la innovación. Un consenso continuado sería fatal para la democracia y supondría el final de la confrontación y las alternativas, es decir, el final de la política.

La superación del heroísmo nos invita a llevar a cabo un cambio de perspectiva en cuanto a la concepción de lo que es una sociedad integrada. La función de una política postheroica es la gestión civilizada del desacuerdo en torno a los intereses y a las concepciones del interés general. El disenso no excluye el consenso; pero el disenso es la regla y el consenso la excepción. El consenso es un horizonte y como tal nunca se conquista, como decía Lyotard. Esa inalcanzabilidad constituye su tensión estructurante, la fuerza que impulsa la comunicación política, que quiere siempre la unidad y sólo produce diferencias. “El único consenso que tiene alguna posibilidad de éxito es el reconocimiento de la heterogeneidad de los desacuerdos” (Bauman 2005, 306). La pretensión de convertir a la política en responsable de obtener un consenso general que supere las distinciones ideológicas y sistémicas no es sostenible ya en sociedades policontextuales, que no se articulan de manera centralista o jerárquica. “La operación de un sistema complejo no requiere la disolución de sus contradicciones sino su continua elaboración, por ejemplo bajo la forma de su transformación en otras contradicciones” (Willke 1993, 99). De ahí que los acuerdos centrales sean de carácter procedimental: la normatividad de la legitimación ha sido sustituida por la performatividad de los procedimientos.

La justificación última del disenso es-

tá en el hecho del pluralismo político. Un pluralismo reflexivo o de segundo orden, un pluralismo que ya no se afirma como mal menor sobre el trasfondo deseable de un consenso sino en la experiencia de que nuestras concepciones del mundo son parcialmente inconmensurables. Frente al prejuicio de considerar la diferencia de opiniones como algo negativo o sospechoso, la democracia surge como respuesta a la constatación de que en la sociedad existen diferencias legítimas que no son en última instancia resolubles. No hay ningún código moral en el que los valores dejen de chocar entre sí, en el que las representaciones de valor de los individuos se agreguen de tal manera que surja un orden consensual. “En este mundo la diversidad de perspectivas debe aparecer como algo normal. Habría que sustituir la obligación de unidad por la oportunidad de entenderse” (Luhmann 1993, 263). La política no es garantía de la unidad sino abogada de la diferencia. Una sociedad democrática renuncia a la unidad enfática, legítima la discrepancia de sus miembros y abandona la esperanza en una unanimidad política.

c) El final de la época heroica se percibe de manera especial en el ámbito de la dirección o liderazgo político, cuyos límites se hacen sentir de una manera especialmente intensa en la conciencia de que siempre hay que elegir entre males, la imposibilidad de contentar a todos o las dificultades de gobernabilidad. Pero este es el espacio en el que debe pensarse una nueva manera de gobernar. Frente a una política obsesionada por el orden, pese a todas las expectativas de control y seguridad que planteó la modernidad hay que reconocer que el orden social no es una prestación intencional del sistema político sino el resultado emergente de una evolución social que es, al mismo tiempo, autónoma y políticamente configurada. El orden al que aspira la configuración política de la sociedad ya no puede ser pensado más que como una articulación dinámica de orden y desorden (Innerarity 2006).

Donde más visible resulta esta transformación del liderazgo político es en el debilitamiento del Estado como actor soberano. El Estado ya no es un héroe que toma decisiones soberanas porque es demasiado grande su dependencia del saber compartido, de la capacidad de decisión compartida y de los recursos financieros compartidos. En las sociedades actuales la política no tiene ya el poder de obligar, para lo que le faltan los recursos neces-

rios en un medio de creciente interdependencia. “No es posible salvar al Estado en su hasta ahora tradición de héroe de la sociedad. Como forma heroica de la historia ha envejecido, como garante del bien común está sobrecargado, como benefactor de la sociedad carece de recursos, como centro de gobierno ya no se ve frente a una periferia sino frente a un ejército de otros centros” (Willke 1997, 347). El Estado postheroico ya no se beneficia de una sociedad que sin Estado caería en la anarquía o en el caos. El Estado como coronación de un orden jerárquico resulta algo extraño en una sociedad que se ha sustraído de la jerarquía como principio organizador de su complejidad.

### La era de la desconfianza

El mayor consenso que existe en torno a la política es que ya no es lo que era: una actividad estimada, dotada de autoridad y prestigio, generadora de entusiasmo colectivo, una delegación de confianza. De la exaltación de la política hemos pasado a la desafección generalizada, cuando no a un profundo desprecio. Las encuestas revelan un creciente desencanto que algunos interpretan —equivocadamente, a mi juicio— como absoluto desinterés, pero que deberíamos analizar con mayor sutileza. No estamos ante la muerte de la política sino en medio de una transformación que nos obliga a concebirla y practicarla de otra manera.

Hemos entrado en la era de la desconfianza (Rosanvallon 2006), en la que ya no se moviliza positivamente sino que se multiplican los votos “de protesta”. No votamos tanto por algo como contra algo; para cerrar el paso al peor y a lo peor, para bloquear o impedir. La capacidad de neutralizar es incomparablemente mayor que la de configurar. La sociedad se aglutina con más facilidad en torno a la indignación que a la esperanza. Esto lo saben los agentes políticos y por eso prefieren insistir en la maldad del contrario que en la bondad propia. Con este recurso no resulta extraño que todo el sistema político termine tiñéndose de connotaciones negativas.

Ahora bien, conviene que no interpretemos mal esta desconfianza. No deberíamos entenderla con categorías del pasado e interpretar esta decepción como si fuera similar al antiparlamentarismo que debilitó dramáticamente a las democracias en los comienzos del siglo xx. No estamos en la antesala de una crisis de la democracia sino en una etapa nueva de su asentamiento. Esta decepción no tiene

nada de subversivo; es perfectamente compatible con el respeto del orden democrático. Se equivoca quien vea en este sentimiento algo distinto de una decepción plenamente democrática. Y no hay que olvidar que la desconfianza (hacia el poder absoluto) está en el origen de nuestras instituciones políticas. La democracia se configuró desde siempre como un sistema de confianza limitada y revocable. Lo que solemos lamentar como una sociedad despolitizada, ¿no será más bien que no corresponde al tipo de liderazgo político al que estábamos acostumbrados, es decir, un liderazgo enfático y jerárquico, tendencialmente poco democrático?

La desconfianza actual está en la lógica transformación de una sociedad que ha dejado de ser heroica y vive la política sin el anterior dramatismo. Desconfianza no equivale a indiferencia; se trata de una decepción “débil”, que produce más distancia que abatimiento (Lipovetsky 2006, 62). Una cosa es que la democracia no suscite demasiado entusiasmo y otra que esa decepción pudiera significar desapego hacia nuestra forma de vida política. Que los periódicos o los partidos no nos gusten demasiado, por ejemplo, no quiere decir que aceptaríamos su supresión. La desacralización de la política no significa que nos de todo igual. Lo que nos pasa es que tenemos hacia ella un afecto desprovisto de pasión y entusiasmo. No es verdad que la gente haya dejado de interesarse por la política; vivimos en una sociedad en la que se ha extendido un sentimiento de competencia por relación a la política; estamos mejor educados y todos nos sentimos capaces de enjuiciar los asuntos públicos, de manera que toleramos peor que se nos hurte esta capacidad. Y uno de los modos en los que la sociedad opina sobre la política estriba precisamente en la intensidad de su participación o interés. Si respetamos el pluralismo político en todas sus formas, ¿por qué no aceptar que existe también un pluralismo en cuanto al grado de participación y compromiso público? ¿Por qué todos han de implicarse de la misma manera en las cuestiones políticas y quién establece el grado de implicación que sería deseable? Interesándose más o menos por la política los ciudadanos emiten señales que han de ser interpretadas políticamente. El desinterés es también una forma respetable de opinar o decidir, y no necesariamente una falta de compromiso político.

Conviene no equivocarse en este punto si queremos entender la sociedad en la que vivimos. Más que en un horizonte de

despolitización, entramos en uno de desacralización de la política. Una sociedad interdependiente y heterárquicamente organizada tiende a destotalizar la política. Lo que algunos interpretan precipitadamente como desinterés es algo que se sigue del hecho de que vivamos en una sociedad cuyo espacio público no puede pretender la absorción de todas las dimensiones de la subjetividad. Si bien es cierto que la política ya no moviliza las pasiones más que de manera epidérmica, eso no quiere decir que las demandas que dirigimos a la política hayan desaparecido. Todo lo contrario. Los mismos que se desinteresan soberanamente de la política, no cesan de esperar de ella muchas ventajas y no son menos vigilantes frente al cumplimiento de sus exigencias. Pero sus expectativas ya no se inscriben en un marco heroico de una política totalizante.

Por eso podemos entender que la desconfianza no es lo contrario de la legitimidad, sino una forma sutil de administrarla por parte de la ciudadanía. El desinterés del ciudadano puede ser algo plenamente funcional (Luhmann 1993, 191). Incluso hay quien considera que una cierta apatía política es una buena señal. Las democracias pueden soportar un alto grado de desinterés; de hecho, el repentino interés de las personas generalmente apáticas por la política suele indicar que algo no va bien. Forma parte de la normalidad democrática un cierto aburrimiento y la agitación política muchas veces no presagia nada bueno.

Con frecuencia la decepción nace de unas expectativas exageradas. La crónica carencia de reconocimiento que afecta a la política tiene que ver con el hecho de que con sus decisiones decepciona las expectativas que hacia ella se han dirigido. La política actualmente dispone de espacios de juego tan estrechos que sólo puede conducir a compromisos insatisfactorios. A la política se le atribuye una competencia que está diametralmente en contra de la complejidad social. La política se sitúa así entre una creciente atribución de competencia y unas decrecientes posibilidades para solucionar los problemas sociales.

De la política no cabe esperar ni la solución definitiva de todos los problemas, ni la salvación de nuestras almas, sino algo mucho más modesto pero no menos decisivo que lo que proporcionan otras profesiones muy honradas: dar cauce a nuestros conflictos sociales más profundos de manera que se vayan resolviendo en lo posible y, en el peor de los casos, no empeorarlos y esperar a una mejor

oportunidad. La política es una actividad civilizadora, que sirve para encauzar razonablemente los conflictos sociales; pero no es un instrumento para conseguir la plena armonía social o el consenso absoluto, ni para dar sentido a la vida o garantizar la libertad plena y su buen uso. En el tránsito de una sociedad heroica a una que ya no lo es resulta necesario elaborar una nueva cultura política que enseña a apreciar tanto la política como para no pedirle lo que no puede garantizar. El desengaño al ver incumplidos ideales poco realistas o mal formulados es, como advertía Bernard Crick, uno de los accidentes laborales más frecuentes en política frente al que deberíamos prevenirnos mediante una confianza bien administrada.

### Las razones de la desmovilización

No está muy bien visto ponerle objeciones a la participación ciudadana o limitar el significado de los movimientos sociales, ni mostrar alguna reserva que pueda acotar su espacio de actuación. Se hace uno así sospechoso de querer ponerle puertas al campo de la sociedad autónoma, al libre movimiento de lo social. Si al mismo tiempo se hace una defensa de la política y la democracia representativa, entonces deja ya de ser un sospechoso y es clasificado definitivamente como un culpable confeso. Lo políticamente correcto es llamar a la participación, pensar que la sociedad es mejor que sus representantes y adular a los movimientos sociales. ¿A qué se debe tanta concentración de gente en torno a unos tópicos cuya revisión le hace a uno inmediatamente acusable de elitismo democrático? Pues probablemente al hecho de que se ha convertido en un lugar común la idea de que la política se hace tan mal que cualquier otra cosa debería ser necesariamente mejor.

Se ha hablado mucho de que las sociedades contemporáneas han efectuado una transferencia de sacralidad desde las religiones establecidas hacia los proyectos políticos. Podría completarse este cuadro advirtiendo que después de la transferencia de sacralidad desde las religiones hacia la política ha venido una época en la que lo sacralizado han sido las formas no convencionales de la política, lo que podríamos llamar la “alter-política”. No deja de resultar curioso este deslizamiento de las expectativas sociales en virtud de la cual lo que hemos dejado de esperar de la política convencional creemos poder alcanzarlo a través de formas alternativas de la política, reactivando unas energías puras que, al parecer, estaban intactas en la esfe-

ra de la sociedad despolitizada, llámese esta sociedad civil, ciudadanía activa, movimientos sociales o “contra-democracia”, por utilizar el término acuñado por Pierre Rosanvallon (2006).

En mi opinión, quienes esperan de la no-política lo mismo que antes esperaron de la política demuestran no haber entendido las transformaciones sociales que se han producido. Vivimos en una sociedad que podemos denominar postheroica, en la que encuentran cada vez menos eco los llamamientos épicos y las mentalidades de resistencia. Si la política ya no es lo que era, tampoco lo es la no-política. Tampoco en las formas alternativas de política (participación, protesta, movimientos sociales... ) encontraremos ya el heroísmo que se ha desvanecido en la política institucional. El “alter-heroísmo” es un asilo nostálgico para los decepcionados por la política realmente existente pero, como toda forma de nostalgia, algo residual. Si queremos comprender y actuar en una sociedad que ya no se articula en torno al heroísmo, que ya no entiende esa semántica, no tenemos otra salida que revisar nuestra idea de normalidad y excepción política.

Mi defensa de la democracia representativa está llena de matices y no es ciega ante la crisis de nuestra cultura política. Por supuesto que hay más formas y cauces de expresión, e incluso modalidades de acción política, que los institucionales. La política se hace de muchas formas, también comprando, protestando, recurriendo a los tribunales o simplemente mediante la indiferencia o el desafecto. Junto a la política que podríamos llamar “oficial” discurre todo un magma de procesos que condicionan el mundo institucional. A las tensiones que se siguen de esta coexistencia les debemos, entre otras cosas provechosas, que el sistema político se enriquezca, corrija o amplíe su cortedad de vista. No podemos confiar los avances políticos únicamente a la competencia de sus profesionales. Una buena parte de los progresos que la política ha realizado tuvieron su origen en causas exógenas: seguramente la mayoría de las conquistas sociales o la conciencia ecológica, por ejemplo, no fueron ocurrencias de los políticos sino el resultado de presiones sociales muy concretas. En la sociedad hay una energía que el sistema político requiere para ejercer su función, unos recursos de los que no dispone soberanamente y que a veces incomodan e incluso subvierten el orden establecido, pero que siempre condicionan el ejercicio de ese poder establecido.

Los movimientos y las iniciativas so-

ciales que comparecen en el seno o en los márgenes de toda democracia establecida sirven para tareas tan diversas y tan poco prescindibles como, por ejemplo, la vigilancia en orden a impedir que determinados asuntos sean sustraídos de la mirada pública, como es el caso de los conflictos internacionales, que no queremos sean manejados desde la oscuridad diplomática o al margen de procesos de pública discusión; llaman la atención sobre lo excluido y muestran, con su denuncia, aspectos incómodos de la realidad; también contribuyen a revisar la agenda política, en la que introducen temas nuevos y prioridades diferentes, enriqueciendo así el elenco de las cosas que deben ser atendidas por el poder institucional. Sólo por esto, utilizando la manida expresión de Voltaire, si no existieran habría que inventarlos. Por eso las democracias avanzadas han desarrollado toda una reflexión conceptual y una rica experiencia práctica en orden a proporcionar cauces de expresión ciudadana, sistemas de información y comunicación, espacios de deliberación e iniciativas de participación, procedimientos todos ellos que intentan aprovechar las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías.

Ahora bien, quien tiene un buen instrumento en sus manos debe saber tanto para qué sirve como para qué no sirve, de manera que interprete bien sus éxitos y no los malogre pensando que son trasladables a otros ámbitos para los que no es tan competente. ¿Cuáles son esas limitaciones en el caso concreto de la movilización ciudadana? De entrada, la mayor parte de los movimientos sociales forman parte de esa dinámica que no se aglutina tanto en torno a proyectos como contra algo; suelen ser de protesta o de resistencia y con estos materiales se hace precisamente eso, protestar o resistir, lo que en ocasiones es una tarea encomiable, pero nada que se parezca a una proyección en positivo. También suelen caracterizarse estas iniciativas sociales porque se inscriben en esa tendencia creciente, tal vez como consecuencia de la llamada crisis de las ideologías, a focalizarse en un solo tema: en torno a algún género de víctimas, por la paz, en favor de las mujeres, para defender la naturaleza, e incluso coaliciones de cazadores o automovilistas. Su fuerza se debe a esa concentración puntual, pero también reside ahí su debilidad manifiesta, ya que toda acción social organizada termina requiriendo una coherencia de la que esas agrupaciones casuales carecen.

No deberíamos olvidar tampoco que el mundo de los movimientos sociales es

tan plural como la misma sociedad y que de las energías sociales cabe esperar una cosa y su contraria, avances y retrocesos, que los hay de derechas y de izquierdas. Hay quien invoca la participación de la sociedad y está pensando únicamente en aquella fuerza que le conviene. Pero en la sociedad hay de todo, como es lógico. La expectativa de superar el marco de la democracia representativa cuenta con partidarios en ambos lados de espectro político: lo que los movimientos sociales de los 60 representaron en el imaginario de la izquierda se encuentra igualmente en la apelación neoliberal a la sociedad civil en los 90. Se trata de una coincidencia que debería al menos hacernos pensar.

Los movimientos sociales, si quieren ser eficaces, han de reconocer sus propias limitaciones, su verdadero alcance, no traicionar su especificidad. Lo que sirve para algo no sirve para todo y no hay mejor manera de arruinar algo provechoso que utilizarlo para cualquier cosa: pretender que un partido, un club de fútbol o una comunidad de vecinos sean también una familia, por ejemplo, o... que un movimiento social sea la salvación del sistema político. Los movimientos sociales, la participación ciudadana no convencional o al margen de los partidos tienen una gran función que malograrían si pretendieran sustituir a la democracia representativa. Esta democracia representativa necesita muchas correcciones pero no tiene todavía un candidato para sustituirla. En el fondo del entusiasmo por las formas alternativas de acción social lo que hay, a mi juicio, es un intento de huir de la lógica política, es decir, de la acción plural y el compromiso, el sueño de una sociedad en la que fueran superadas definitivamente las limitaciones de nuestra condición política.

La mejor garantía de nuestra libertad se encuentra precisamente en esa condición que no despierta grandes pasiones ni promete en exceso, en el equilibrio de las posiciones contrarias y en la tensión entre representación y participación. No hay acción política coherente, estable, articulada, eficaz, responsable fuera de la representación política. Seguramente hay poco de esto en los actuales partidos políticos y en nuestras prácticas institucionales, pero menos aún fuera de ellos. Por eso también a los partidos habría que inventarlos... y renovarlos con algunas de las energías que bullen en los movimientos sociales.

### **El régimen de la contingencia**

Hay futuros de diverso tipo, desde los

más desconocidos hasta los más familiares; los hay dóciles y opacos. Entre ellos, aquel al que la política se refiere es el futuro incierto, el más contingente, es decir, el menos necesario, el más difícil de anticipar porque está rodeado de una gran incertidumbre e inseguridad (Innerarity 2002, 21ss). La contingencia es la sombra inevitable de la política, en virtud de la cual todo lo presente está atravesado por la duda de lo posible.

Esta contingencia de la política tiene que ver fundamentalmente con el modo como ha de tomar las decisiones y el futuro que así se configura, con todo su cortejo de riesgo e imprevisibilidad. De entrada hay que tener en cuenta que la complejidad y contingencia del orden político produce una inmensa necesidad de decisión. La sociedad vive su futuro *bajo la forma del riesgo de sus decisiones* (Luhmann 1992, 141). Toda decisión, como toda no-decisión, esconde riesgos contingentes y cualquier alternativa lo único que hace es sopesar las ventajas y desventajas de otra manera. El sistema político se ocupa de riesgos cuya valoración produce necesariamente disensos. Las decisiones políticas son inevitablemente arriesgadas, se apoyan en contingencias, es decir, en no saber. “Hay decisiones cuando se presenta algo en principio indecible (no sólo: no decidido). En otro caso, la decisión estaría ya decidida y sólo tendría que ser ‘conocida’” (Luhmann 1995, 308). Ahora bien, este elemento de decisionismo ha de ser entendido en el contexto de lo que supone una sociedad postheroica, muy distinto de los decisionismos antidemocráticos. No estamos en el voluntarismo hipertrofiado del decisionismo clásico (en virtud del cual el liderazgo se ejercía de manera tendencialmente autoritaria) sino en un decisionismo postheroico (entendido como deliberación colectiva para combatir la incertidumbre, en una línea democratizadora).

La profundización en la democracia toma actualmente la forma de un aprendizaje para vivir en un contexto de riesgo e inseguridad. Desdramatizando el elemento de indeterminación que caracteriza a toda contingencia, los sistemas aprenden el “momento de posibilidad” de toda contingencia (Makropoulos 1998, 73). La política es un lugar de oportunidad y de peligro, al mismo tiempo y por las mismas razones (Bauman 2005, 320). El sistema político debe aprender a reflexionar y utilizar sus contingencias como oportunidades de legitimación. La contingencia es un riesgo que contiene también mu-

chas oportunidades, así como recursos e información. Si entendemos la política como una manera de regular los riesgos sociales, entonces no pensaremos la inseguridad como una falta de orientación sino como una permanente necesidad de reorientación.

La cultura política de la contingencia exige otra disposición frente al miedo y la inseguridad. Si la inseguridad es algo que acompaña inevitablemente a la libertad, ese es también el precio que la democracia pluralista tiene que pagar para mantener abierto el futuro. Por eso ha podido decir Beck que el trato consciente con la inseguridad es “la clave civilizatoria” (1986, 102). Es normal que la renuncia al heroísmo ideológico provoque inseguridad en nuestras democracias pluralistas, que no pueden proporcionar aquella seguridad que sólo está al alcance (aunque sólo por un tiempo limitado) de los sistemas estructurados jerárquicamente y bajo la exclusión de otras posibilidades.

La nostalgia de límites, orden y contextos reconocidos es una constante antropológica, una reacción instintiva frente a la complejidad y la contingencia. Hay una forma de liderazgo protector que se sirve de ese sentimiento de inseguridad y pretende gestionarlo ofreciendo una protección que no se está en condiciones de garantizar. El heroísmo de la seguridad ha convertido al miedo en una nueva forma de voluntad general. Pero en un contexto postheroico los agentes políticos deben aprender a producir confianza renunciando a las heroicas sugerencias de seguridad y a las expectativas hipertrofiadas. Si estuvieran en condiciones de reconocer su propia contingencia e ignorancia, crearían una confianza a medio plazo en la política. El gran desafío actual de la política es precisamente hacer reflexiva la incertidumbre, lo que no se traducirá en una expectativa segura sino, en el mejor de los casos, en una confianza que reduzca la inseguridad.

Todo ello exige un cambio radical en la manera de entender la política, que debe pasar de un estilo normativo a otro cognitivo, es decir, de una actitud ideológica a una disposición al aprendizaje. El resultado de reconocer la contingencia no es la falta de convicción sino la articulación del saber y el no saber, la relativización del saber disponible de manera que se abra un espacio para nuevos conocimientos. De lo que se trata es de transformar esa ceguera latente de la contingencia en una conciencia transparente de la contingencia. Y esto no se consigue con mo-

delos predeterminados sino con estructuras de reflexión capaces de identificar los problemas, evitar la redundancia y plantear alternativas.

Una consecuencia clara de todo ello es que la confrontación política ha de ser entendida de otra manera. Las irritaciones políticas, como el desorden en cualquier sistema, pueden ser vistas como una oportunidad de aprender. Se trataría de interpretar el espacio político como un lugar donde rige especialmente una cultura de lo provisorio, del ensayo y la discrepancia reconocida. Una política así entendida permite configurar un ámbito para la resolución de los problemas a través de la continua tematización de las diferencias y aceptando la contingencia de sus operaciones. En vez de la actitud que descalifica al adversario político desde una pretendida superioridad, el objetivo de una política postheroica sería desarrollar la disposición de aprender, de autocrítica y exploración de nuevas posibilidades. La nueva ciudadanía postheroica fue muy bien sintetizada por Rorty en la figura de unos ciudadanos que están al mismo tiempo comprometidos y que saben de la contingencia de ese compromiso (1989). Saber que para los problemas propiamente políticos no existe una “solución” en sentido estricto no quiere decir que todas las opiniones sean iguales o que no valga la pena luchar por aquellas que consideramos mejores, pero impide que nos deslicemos hacia la descalificación moral del discrepante.

La idea de “desmoralizar” la confrontación política, aunque parezca paradójico, conduce a una mayor responsabilidad política. El recurso a la ideología y a la ética ha funcionado como una gran disculpa en los tiempos heroicos. El hecho de que las decisiones políticas no puedan justificarse absolutamente a partir de unos principios incontestables implica que hay que responder de ellas de acuerdo con criterios puramente políticos. Ninguna maniobra retórica puede disimular completamente el hecho de que no existe una política correcta *per se* y, por consiguiente, hay un ámbito de discrepancia legítima de la que no cabe deducir que alguien esté moralmente equivocado cuando no coincide con la mayoría triunfante.

Las mejores definiciones de la democracia subrayan, de diversas maneras, que se trata de un sistema político que, a diferencia del totalitarismo, acepta y mantiene la indeterminación como su forma. Claude Lefort lo formuló en su idea de que se trataría de un juego de posibilidades en el que todos tenemos aún todo por

aprender (1979). La democracia es “la forma institucionalizada del trato comunicativo con la incertidumbre” (Dubiel 1994). Su provisionalidad, revocabilidad y apertura hacen de ella el orden postheroico por excelencia en la medida en que da carácter institucional al futuro indeterminado.

### Más allá del poder y la impotencia

Una sociedad postheroica necesita una política que se ejerza más allá de la alternativa enfática entre el poder y la impotencia. Tanto en el discurso ideológicamente voluntarista como en el derrotismo neoliberal resuena el eco de tiempos heroicos en los que mandar era entendido como mandar absolutamente, como una disposición soberana, sin verdaderos interlocutores, sin respetar la complejidad social. Pero hay vida política en el poder limitado y en la impotencia bien gestionada. El fracaso de la política, que unos celebran y otros lamentan, es una tesis que no puede acreditarse históricamente ni medirse empíricamente. En ocasiones se desacredita a la política desde el modelo de una competencia inalterable, como si los problemas sociales estuvieran condenados a la disyuntiva de ser solucionados mediante una política soberana o estar abandonados a su suerte.

Para que la política recupere capacidad configuradora debe protegerse a sí misma frente a la tentación voluntarista de concebirse como solucionadora universal de los problemas de la sociedad. Uno de sus peores enemigos es la ilusión de que le corresponde una obligación universal: la confusión del gobierno de las condiciones generales con el gobierno de todo. Renunciar a este maximalismo permitiría la redefinición de lo político, de manera que no apareciera constantemente como un héroe fracasado. Autolimitación de la política no equivale a la idea de “estado mínimo” ni a una concepción restringida de lo público en beneficio de la sociedad civil, del mismo modo que la desestatalización o reformulación del papel del Estado no tiene por qué significar despolitización. La decisión acerca de dónde y en orden a qué fines se establece esa limitación es una decisión política y no el resultado de una constatación científica o de una exigencia ética.

Así pues, las promesas heroicas de un control político sobre la sociedad están obsoletas. ¿Cómo actuar en esa pérdida de seguridad? ¿No nos queda otro remedio que rendirnos al cierre operativo de los sistemas funcionales, entregarnos al destino y a la arbitrariedad? Renunciar a la se-

mántica de la crisis, la pérdida y la decadencia, no significa renunciar a una configuración política de la sociedad, sino dar una nueva oportunidad a la democracia como conquista contingente y estable de la evolución de nuestras sociedades. Reconocer sus limitaciones no es una disculpa para que la política se cruce de brazos y se abandone a una evolución imprevisible e incontrolable. El sistema político es capaz originar procesos que hagan posible la emergencia de constelaciones deseables. Aunque la emergencia no se puede producir intencionalmente, la política puede generar una cultura en la que se incrementa la verosimilitud de un futuro como el que se espera. A pesar de que la política nunca estuvo tan limitada en su margen de actuación, nunca fue tan decisiva como hoy.

Pero todo esto exige otra manera de entender el poder y transitar hacia una manera de hacer la política más relacional y cooperativa, que no esté pensada sobre la idea de la jerarquía y el control. Aunque esté omnipresente, el poder como imposición es un modo atávico, suboptimal, de regular los conflictos. La focalización tradicional de lo político sobre el poder desnudo permanece atrapada en una concepción heroica de la política. Las posibilidades de configuración política se declinan actualmente de otra manera: influencia, diplomacia, entendimiento, deliberación, procedimiento. Cuando el sistema que ha de controlar es también y al mismo tiempo el sistema controlado, la idea de un control unilateral resulta algo obsoleto, como ilustra la metáfora del termostato al que apela Bateson para mostrar que no termina de estar claro quién manda sobre quién (Bateson 2002). La forma de poder que mejor reduce la complejidad consiste en no necesitar imponer, configurando formas de condicionamiento mutuo, que renuncian a la unilateralidad o la amenaza. Una teoría postheroica de la política no implica una política impotente. Sigue habiendo poder y decisión, pero estas propiedades ya no corresponden a personas concretas o actores colectivos. Si la función del poder es la regulación de la contingencia, entonces quien tiene el poder ya no es un sujeto heroico que debe decidir –en su forma personal o institucional– sino el proceso general en el que se equilibran el acuerdo y el disenso.

Si la política no se puede justificar ni a partir de su designio planificador, ni por su capacidad de promover un consenso que se rinda ante la evidencia del saber disponible, ¿qué le queda? Será social-

mente relevante y sobrevivirá como instancia de configuración social en la medida en que desarrolle una espacial capacidad de observar y aprender. Pero entonces, como advertía Niklas Luhmann, la política debe entender su relación con la sociedad como una relación de aprendizaje y no de enseñanza (1998, 22). Gracias a ella la sociedad reflexiona sobre sí misma como totalidad y aprende a gestionar su incierto futuro colectivo. Nada más y nada menos. ■

### BIBLIOGRAFÍA

- BATESON, Gregory, *Mind and Nature: A Necessary Unity*, Hampton Press: New Jersey, 2002.
- BAUMAN, Zygmunt, *Moderne und Ambivalenz. Das Ende der Eindeutigkeit*, Hamburger Edition: Hamburg, 2005.
- BECK, Ulrich, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Suhrkamp: Frankfurt.
- Dubiel, Helmut (1994), *Ungewissheit und Politik*, Suhrkamp: Frankfurt, 1986.
- INNERARITY, Daniel, *La transformación de la política*, Península, Barcelona, 2002.
- *Pensar el orden y el desorden: una poética de la excepción*, en “Convivium” 19, 2006, 165-178.
- LEFORT, Claude, *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, Gallimard: Paris, 1979.
- LIPOVETSKY, Gilles, *La société de déception*, Textuel: Paris 2006.
- LUHMANN, Niklas, *Beobachtungen der Moderne*, Westdeutscher Verlag: Opladen, 1992.
- *Legitimation durch Verfahren*, Luchterhand, Frankfurt, 1993.
- *Das Recht der Gesellschaft*, Suhrkamp: Frankfurt, 1995.
- *Die Gesellschaft der Gesellschaft*, Suhrkamp: Frankfurt, 1998.
- MAKROPOULOS, Michael, *Modernität als Kontingenzkultur*, en Graevenitz, Gerhart von / Marquard, Odo (eds.), *Kontingenz*, Fink: München, 1998, 55-79.
- RORTY, Richard, *Contingency, Irony, Solidarity*, Cambridge University Press, 1989.
- ROSANVALLON, Pierre, *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Seuil: Paris, 2006.
- WILLKE, Helmut, *Entzauberung des Staates. Überlegungen zu einer gesellschaftlichen Steuerungstheorie*, 1983, Suhrkamp: Frankfurt.
- *Systemtheorie entwickelter Gesellschaften*, Juventa: Weinheim/München, 1993.

**Daniel Innerarity** es profesor de Filosofía en la Universidad de Zaragoza. Autor de *La sociedad invisible* (Premio Espasa de Ensayo, 2004) y *El nuevo espacio público*